Estudios Filosóficos LXXV (2026) 319 ~ 336

LA APLICACIÓN AFROUNIVERSAL DEL PRINCIPIO DE PARSIMONIA EN TIEMPOS DE CRISIS POLÍTICA

THE AFROUNIVERSAL APPLICATION OF THE PRINCIPLE OF PARSIMONY IN TIMES OF POLITICAL CRISIS

Jean-Pierre Badidike
Universidad Católica del Congo (UCC)
Universidad Pedagógica de Kananga (UPKAN)

Resumen*: El principio de parsimonia consiste en elegir la explicación más simple y menos compleja de un fenómeno. Llamado también «navaja de Ockham», el principio lleva a utilizar el mínimo de causas elementales para explicar un fenómeno. Inspirado en la navaja de Ockham, se trata de no multiplicar innecesariamente las entidades, en particular las hipótesis y las nociones. En el ámbito de la construcción de la paz, permite proceder con sencillez y equilibrio para desarrollar el sentido del diálogo, de la negociación, del consenso y de la resolución pacífica de las diferencias. Este principio no es, pues, patrimonio exclusivo de una cultura secuencial occidental; por el contrario, su aplicación está vigente en la* **episteme** *africana. Los casos de los tratados de Westfalia en Alemania y de los acuerdos de San Silvestre en el Congo constituyen lugares epistemológicos en los que la navaja y la antinavaja se entrelazan. Así, la racionalidad política no se ejerce en relación con la esencia de las cosas, sino con la contingencia que genera y justifica la interacción perpetua entre lo posible y lo necesario, lo particular y lo universal. El paradigma se invierte: ya no es «puesto que es necesario, es posible», sino más bien «puesto que es posible, es necesario».*

Palabras clave: *principio de parsimonia, navaja de Ockham, construcción de la paz, racionalidad política, filosofía africana.*

Abstract: ***The principle of parsimony involves choosing the simplest and least complex explanation for a phenomenon. Also known as "Ockham's razor," this principle leads to using the minimum number of fundamental causes to explain a phenomenon. Inspired by Ockham's razor, the goal is to avoid unnecessarily multiplying entities, particularly hypotheses and concepts. In the field of peacebuilding, it allows us to proceed with simplicity and balance in order to foster a spirit of dialogue, negotiation, consensus, and the peaceful resolution of differences. This principle is therefore not the exclusive heritage of a Western sequential culture; on the contrary, its application is well-established within African epistemology. The cases of the Treaties of Westphalia in Germany and the New Year's Eve Agreements in the Congo constitute epistemological points where the razor and the anti-razor intertwine. Thus, political rationality is not exercised in relation to the essence of things, but rather to the contingency that generates and justifies the perpetual interaction between the possible and the necessary, the particular and the universal. The paradigm is reversed: it is no longer "since it is necessary, it is possible," but rather "since it is possible, it is necessary."***

Keywords: ***principle of parsimony, Ockham's razor, peacebuilding, political rationality, African philosophy.***

Introducción

El término «parsimonia» procede del latín *parco*, abstenerse, y de *munia*, el deber. En filosofía como en ciencia, el término evoca el principio de utilizar solo el mínimo de causas para explicar un fenómeno. El principio mismo se invoca a menudo con la expresión «navaja de Ockham» (u Occam), filósofo del siglo XIV. Guillermo de Ockham formuló la idea de un procedimiento que debe seguirse cuando hay que decidir entre dos o incluso varias hipótesis (cf. Ockham, *Summa Logicae*).

El principio de parsimonia aparece, pues, como una aplicación de la navaja de Ockham en varias disciplinas o ámbitos. En las páginas que siguen lo aplicaremos al ámbito de la construcción de la paz. Evocaremos, por tanto, el sentido general de este principio con una breve alusión a ciertos ámbitos en la comprensión de Guillermo de Ockham. La aplicación de este principio a la temática de la construcción de la paz extrae su pertinencia del llamamiento dirigido a la Conferencia Episcopal Nacional del Congo (CENCO) para que desempeñara un papel en la resolución de la crisis sociopolítica que asolaba la República Democrática del Congo. Hubo que actuar, pues, con tacto y lucidez para conducir las discusiones en aguas turbulentas y evitar que el país se hundiera en el caos y la anarquía.

En suma, habría sido pertinente analizar los diferentes procesos relativos a la resolución de la crisis que padece la RD del Congo desde hace décadas. Nos parece, sin embargo, prematuro discernir la lógica de los procesos en curso, en la medida en que aún no han concluido. En efecto, se habla actualmente del Acuerdo de Washington, que, aunque firmado, todavía no ha dado los frutos esperados. Lo mismo ocurre con el Proceso de Doha, con su excursus en Montreux (Suiza). Estos dos procesos han funcionado a veces de manera concomitante con otros, como los de Nairobi y Luanda, sin olvidar el de Lomé, con sus corolarios de Dar es-Salam y Kampala. La proliferación de estos procesos justifica, en efecto, la pertinencia del principio de parsimonia en el modo de abordar las cuestiones relativas a la resolución de conflictos y a la construcción de la paz. En este orden de ideas, se aludirá a los tratados de Westfalia en Alemania, destinados a resolver el conflicto derivado de la guerra de los Treinta Años.

Nuestro objetivo en este estudio, que se inscribe en el eje «Lenguaje, racionalidad y cultura», no será describir el proceso de construcción de la paz, ni de manera general ni en particular en lo que respecta a la República Democrática del Congo, sino destacar uno de los principios principales que prevalecen en tal proceso. Comenzaremos describiendo el concepto de parsimonia, indicaremos su quintaesencia en relación con la navaja de Ockham y examinaremos su aplicabilidad, por una parte, en los tratados de Westfalia y, por otra, en el diálogo de San Silvestre conducido por la Iglesia católica, lo que prueba que la *episteme* cultural africana no es ajena a la inteligencia universal, si es que esta existe.

El concepto de parsimonia bajo el prisma de lo político

El principio de parsimonia, expresado a menudo en latín con la máxima *Entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem*, que significa que las entidades no deben multiplicarse sin necesidad, evoca un principio de razonamiento según el cual no deben multiplicarse innecesariamente las entidades, en particular las hipótesis y las nociones.

La idea fundamental que subyace al principio de parsimonia es atenerse a los factores ya conocidos cuando es posible hacerlo. Este principio estipula, entre otras cosas, que las hipótesis más simples deberían privilegiarse por lo general, siempre que permitan explicar adecuadamente las observaciones y los datos.

Citemos algunos ámbitos en los que el principio de parsimonia está en boga:

En las ciencias: el principio de parsimonia infiere que, cuando se dispone de varias hipótesis para explicar un fenómeno, hay que privilegiar la que mejor concuerda con lo que ya se sabe del funcionamiento del mundo, dando por sentado, además, que ello ya ha sido confirmado. Esto no quiere decir

que haya que privilegiar a toda costa la explicación más «simple», sino más bien la más económica en elementos nuevos. En este sentido, una hipótesis que apela a fenómenos conocidos, comprendidos y explicados es preferible a un escenario que remite a entidades nuevas, vagas o misteriosas; es lo que se denomina hipótesis «costosa».

En filosofía: la navaja de Ockham (u Occam), conocida como principio de parsimonia, estipula que, entre varias explicaciones plausibles de un fenómeno, la más simple es generalmente la mejor. Es, pues, un principio metodológico que preconiza el uso del número mínimo de hipótesis para explicar un fenómeno. No se trata de suprimir mecánicamente hipótesis para reducir su número, sino de densificar aquellas que incluyen a las demás.

En economía: conforme a la etimología latina de *parsimonia* (*parcere*, ahorrar), el principio de parsimonia remite naturalmente al ahorro o, mejor, a la economía minuciosa, en el sentido de la acción de medir algo con parsimonia, con cuentagotas. En efecto, *parsimonia* deriva de *parcere*, que significa «ahorrar».

En genética: el principio consiste en privilegiar la máxima parsimonia en una secuencia, con el mínimo de cambios evolutivos, para explicar relaciones filogenéticas. Se aplica, pues, cuando resulta difícil determinar qué especies son las más próximas: la hipótesis filogenética retenida es la que maximiza el número de hipótesis de homología (similitud debida a una ascendencia común) y minimiza a la vez el número de hipótesis *ad hoc* de homoplasia (similitud debida a una adaptación convergente).

En estadística: el principio de parsimonia consiste en limitar el número de parámetros o de variables que deben tenerse en cuenta en la especificación de una representación estadística asociada a un fenómeno dado. Así, se admite por lo general que una ley de probabilidad dada «resume» o «sintetiza» de manera apropiada el conjunto de las propiedades de una muestra independiente extraída de ella. Sin embargo, puede preferirse una ley que contenga menos parámetros que la anterior, aunque el «resumen» de las observaciones que permite sea «algo menos» satisfactorio. Con frecuencia, pues, debe realizarse un arbitraje entre complejidad y «realismo».

Sea cual sea la multiplicidad de los casos, el ejemplo del jarrón roto ofrece una síntesis del principio de parsimonia aplicable a cada ámbito. Un jarrón colocado junto a la ventana ha caído en la cocina. Nada prueba que no haya sido un fantasma quien atacó el jarrón, a menos que fuera un rayo láser procedente de una nave espacial extraterrestre…; pero la hipótesis más económica sigue siendo la siguiente: el viento, al empujar la ventana, hizo caer el jarrón (Colomb, 1904).

Es evidente que, si hechos precisos vienen a dar crédito a una hipótesis más «costosa», podrá pensarse en abandonar la hipótesis «económica»

privilegiada inicialmente. ¡Pero hay que estar seguro de que esas pruebas son concluyentes y de que se han tomado todas las precauciones para garantizar su seriedad y su validez! Hablando del Congo, un adagio dice que, si le explican a usted el problema del Congo y lo comprende, es que se lo han explicado mal. A la vista de su complejidad, la situación del Congo puede abordarse con otras metodologías y otros paradigmas, como el principio de parsimonia, en particular en el terreno político o en el de una crisis política, a menudo dominada por la prevalencia del juego de intereses y alianzas.

En efecto, en el ámbito de la política, y más particularmente de la construcción de la paz tras una crisis política, la problemática de la consideración de los intereses es ineludible. Los intereses forman parte de los constituyentes de la racionalidad política; esta difiere de la racionalidad técnica porque funciona según una lógica cuya especificidad consiste en estar revestida de ambigüedad (Badidike, 2022, pp. 17-39). Evidentemente, el fin en política requiere una aplicación diferente de las leyes, expuesta a errores recurrentes, a contrasentidos e incluso a insuficiencias debidas a una falsa apreciación de la correlación de fuerzas en un momento preciso.

En política, los juicios sobre la conducción de los asuntos y la gestión de la ciudad dependen en gran medida de los resultados alcanzados, a veces en detrimento del derecho y de la moral. En última instancia, en política, la fluidez de las fronteras entre el bien y el mal, lo legal y lo ilegal, lo legítimo y lo recomendable, la relatividad y el relativismo, es integrable en las normas programáticas de su cientificidad. Así, una insurrección e incluso una rebelión pueden ser toleradas o «soportadas, por no decir comprendidas, cuando no alentadas» frente a un poder sanguinario o a un potentado criminal e impenitente. Desde este punto de vista, el análisis contextual se vuelve preponderante y la apreciación positiva o negativa de una situación puede quedar subordinada a los éxitos obtenidos. Es el caso, en los tiempos que corren, del privilegio concedido a los resultados en el orden económico y de la seguridad, sobre todo cuando se añade el correlato del desarrollo. La gestión basada en resultados depende, pues, de la eficacia del rendimiento. El poder se ejerce para el pueblo, según el contexto del pueblo, en vista de la felicidad de ese pueblo, y no solo porque el pueblo constituya su origen. Esta dinámica era determinante en las sociedades africanas tradicionales, donde el jefe no era elegido, sino que debía confrontar sin cesar su programa de acción y su visión de la soberanía con las exigencias socioculturales del florecimiento de su pueblo. Su Consejo, cuyos miembros no eran necesariamente elegidos por él, desempeñaba entonces un papel crucial. De ahí una diferencia de inspiración entre la racionalidad política del África tradicional y la del África posmoderna.

Las variables de la racionalidad política están determinadas por el fin y el medio para alcanzarlo, el contexto, las instancias interactivas (lo económico, lo religioso, lo jurídico, etc.), los juegos de fuerzas, los actores, el tiempo, el

lugar, la situación y los sujetos. Considerando estos determinantes y otros functores de verdad políticos, los negociadores y demás actores del campo político pueden recurrir mejor al principio de parsimonia (Badidike, 2022, p. 25).

El principio de parsimonia y la navaja de Ockham

El término parsimonia tiene como sinónimos economía, ahorro, avaricia, tacañería, mezquindad, cicatería, moderación, pequeñez, roñosería, rapacidad, etc. Sus antónimos son abundancia, derroche, despilfarro, generosidad, lujo, prodigalidad, profusión. Son los significantes de ahorro y moderación, frente a la profusión, los que pueden utilizarse en la construcción de la paz.

Como paradigma, el principio de parsimonia es una aplicación de la navaja de Ockham. La expresión navaja de Ockham, o incluso principio de Ockham, se forma a partir del nombre del filósofo, lógico y teólogo inglés Guillermo de Ockham, quien lo formuló en el siglo XIV; vivió, en efecto, de 1285 a 1347. La palabra navaja evoca la idea de «eliminación», en particular cuando se trata de suprimir, de entre varias hipótesis concurrentes, aquellas que comportan presunciones superfluas, de modo que la noción de «navaja» puede remitir a la imagen de un procedimiento eficaz para «zanjar» entre dos hipótesis. De ahí su uso en la ciencia como principio para la elaboración de una teoría y la elección entre diferentes soluciones posibles. Frente a un número infinito de tesis capaces de explicar un fenómeno o un conjunto de datos, el principio de Ockham es un método indispensable de construcción de modelos teóricos a partir de lo conocido, que permite evitar la especulación metafísica.

El principio de la navaja de Ockham se conoce también como principio de simplicidad o de economía, según el cual no deben multiplicarse las entidades (nociones o hipótesis) sin necesidad. De ello se deduce que no sirve de nada buscar una explicación complicada cuando una simple, a partir de lo que se conoce, basta para dar cuenta del fenómeno dado a nuestros sentidos. Guillermo de Ockham se negaba, en efecto, a apelar a principios situados fuera del campo de la experiencia, como recurrir a las esencias de los universales, a la voluntad divina o a los milagros, en lugar de considerar lo que cae bajo el efecto de los órganos de los sentidos[1]. En consecuencia, rechazó los conceptos metafísicos que, según él, oscurecen la realidad con el pretexto de hacerla comprender mejor, como los conceptos de sustancia, causa eficiente, potencia, etc. Desde este punto de vista, el principio de parsimonia hizo de Guillermo de Ockham un precursor del empirismo inglés.

[1] A causa de tomas de posición de este tipo, Guillermo de Ockham fue excomulgado. Por otra parte, como instigador y figura señera del movimiento nominalista floreciente en el siglo XIV, sostiene que los universales (conceptos universales y abstractos como «humanidad», «animal», «belleza»…) son simples palabras que permiten al pensamiento constituirse.

En suma, la navaja forma parte de los principios de la lógica y de la ciencia moderna. Uno de los ejemplos más célebres de su uso es la teoría de la relatividad especial de Einstein (1905, pp. 891-921) frente a la de Hendrik Lorentz[2] (cf. Poincaré, 1900), según la cual las reglas se contraen y los relojes se ralentizan durante un movimiento en el éter. Albert Einstein y Henri Poincaré (Poincaré, 1906) mostraron que la noción de éter no aportaba nada y debía, por tanto, eliminarse, ya que las ecuaciones de transformación del espacio-tiempo de Einstein daban los mismos resultados sin ella.

No obstante, la navaja de Ockham no es un principio científico absoluto ni válido en todos los casos, pues la solución más simple no siempre ni necesariamente es la correcta. Albert Einstein la reformuló más o menos de la manera siguiente: todo debería hacerse tan simple como sea posible, pero no más (Einstein, 1905). En pocas palabras, la navaja de Ockham no es una apología de la simplificación, sino una incitación a no complicar lo que no tiene por qué serlo; es, así, un método de discernimiento crítico.

A decir verdad, Guillermo de Ockham no es el primero en formular este principio. Sus fundamentos se sentaron mucho antes, con denominaciones diferentes: navajas, principios de economía, principio de parsimonia. Una versión de la tradición medieval procede de un pasaje del libro *Acerca del cielo* de Aristóteles: «Dios y la naturaleza no crean nada inútil» (Aristóteles, *Acerca del cielo*, I, 271a). Se encuentran así, antes de Guillermo de Ockham, fórmulas próximas, entre ellas, a título ilustrativo:

> Aristóteles: «Como hace Empédocles, es mejor tomar principios menos numerosos y en número limitado» (*Física*, I, 4, 188a17);
>
> Paremia escolástica, inspirada en Aristóteles y citada por Ockham: «Es vano hacer con muchos lo que puede hacerse con pocos» (*Summa totius logicae*, I, 12);
>
> Santo Tomás de Aquino: «[…] lo que puede realizarse mediante pocos principios no se hace mediante principios más numerosos» (*Summa Theologiae*, I, q. 2, a. 3, ad 2).

El gran mérito de Ockham es haber dado a este principio, a través de su obra intelectual, un sabor propio, con varias formas, al menos cuatro, que Marilyn McCord Adams presenta así (Adams, 1989, pp. 156-157):

1. Es fútil hacer con más lo que puede hacerse con menos.
2. Cuando una proposición acerca de algo es verdadera, si dos cosas bastan para esa verdad, es superfluo suponer una tercera.

[2] Elaborada en 1905, la teoría de la relatividad especial de Einstein recibió la influencia de Hendrik Lorentz. Lorentz formuló transformaciones para explicar la contracción de los campos electrostáticos. Sus ecuaciones de compatibilidad fueron esenciales para la comprensión de la relatividad especial.

3. No debe suponerse una pluralidad sin necesidad.
4. No debería suponerse una pluralidad, salvo que pueda probarse por la razón, por la experiencia o por alguna autoridad infalible.

La tercera forma es habitualmente la más retenida; infiere que hay que recortar lo que es excedente y, por consiguiente, no necesario para salvar los fenómenos. Tomemos, por ejemplo, una piedra que cae tras haber sido soltada desde lo alto de una torre. Para explicar esta caída, un pensador podría decir que deben suponerse tres cosas:

1. Por su naturaleza, una piedra tiende a reunirse con el centro del mundo, es decir, con la tierra.
2. No hay obstáculo que le impida tender a su naturaleza.
3. Alguien ha soltado, voluntaria o involuntariamente, esta piedra desde lo alto de la torre.

Sirviéndose de su navaja, Ockham podría sostener que el tercer elemento es superfluo para explicar la caída. Dicho de otro modo, es posible salvar el fenómeno de la caída tal cual, sin suponer que alguien haya soltado la piedra, en particular porque la segunda proposición engloba la tercera: considerando que la piedra ha sido soltada, no hay obstáculo que le impida tender a su naturaleza. Sería, pues, fútil añadir la tercera proposición según la navaja de Ockham. Por lo que sabemos, la mano de quien sostenía la piedra podría simplemente haber desaparecido por algún poder divino; el fenómeno quedaría, con todo, salvado con las dos primeras proposiciones. En efecto, cuando Ockham rechaza ciertos elementos, lo hace más por falta de necesidad que por una demostración de su inexistencia.

El principio de la navaja será retomado después de Ockham por varios filósofos[3]. Newton señala que «No debemos admitir más causas de los objetos observables que las que son a la vez verdaderas y suficientes para explicar su apariencia. Por consiguiente, los mismos efectos naturales deben relacionarse, en la medida de lo posible, con las mismas causas» (Newton, 1759); Étienne Bonnot de Condillac (1715-1780) utilizó por primera vez, en 1746, la expresión «navaja de los nominalistas» en una nota a pie de página de su *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos* (parte I, secc. V, § 5, nota a) (Bonnot de Condillac, 1746); Ernst Mach sostiene que los científicos deben utilizar los conceptos más simples para llegar a sus resultados y excluir todo lo que no pueda ser percibido por los sentidos (cf. Mach, 1908); el canon de Morgan (1852-1936) enuncia que «una actividad conductual no debe interpretarse en ningún caso como consecuencia de una facultad mental elaborada si la misma

[3] Rasoir d'Ockham. (s. f.). En Wikipedia. Consultado el 14 de enero de 2026, en https://fr.wikipedia.org/wiki/Rasoir_d%27Ockham

actividad conductual puede concebirse como fruto de una actividad mental menos elevada» (Morgan, 1903, p. 59); Bertrand Russell (1914) afirma que la navaja de Ockham es «la máxima metodológica suprema cuando se filosofa»; Ludwig Wittgenstein (2001) declara que «si un signo no tiene uso, carece de significado. Tal es el sentido del lema de Occam. (Si todo sucede como si un signo tuviera significado, entonces lo tiene)» (*Tractatus logico-philosophicus*, 3.328, publicado en 1921). En suma, el principio de parsimonia, y más particularmente el de la navaja de Ockham, había ocupado cómodamente su lugar en el debate sobre la naturaleza del movimiento que agitaba los espíritus a finales del siglo XIII, caracterizado por la recepción de la física de Aristóteles en el mundo latino.

Situemos de nuevo el ejemplo de la caída de la piedra en el contexto de la época. Una piedra en movimiento se distingue de una piedra inmóvil porque la primera tiene algo más que la segunda. Según los conocimientos de la época, el movimiento es una entidad que se añade a las cosas cuando son movidas, lo cual suponía la existencia de al menos tres entidades: la piedra, el espacio y el movimiento. Para Ockham, es superfluo concebir el movimiento como una entidad que se añade a la cosa en movimiento, pues el fenómeno puede salvarse sin postular la existencia del movimiento como entidad. De ahí su conclusión en el libro III de la *Física*, donde define el movimiento sin postular su existencia ontológica: «una cosa móvil coexiste en un lugar en el que antes no coexistía» (Davies, 1989, p. 41). Puede definirse el movimiento de la piedra sin referirse al movimiento como entidad; en tal caso, se dirá simplemente que la piedra coexiste en un lugar en el que antes no existía. Esta línea de explicación supone solo dos entidades: la piedra y el espacio. E incluso entonces, no es del todo necesario suponer la existencia del espacio.

No obstante, el principio de parsimonia no es una herramienta incisiva, en la medida en que no impone un marco de referencia operativo capaz de orientar con claridad la selección y la elección entre las diferentes hipótesis y de extraer así de la complejidad de los hechos lo necesario y lo no necesario o menos necesario. Si las hipótesis no están revestidas de una verosimilitud evidente, resulta arduo discernir lo simple de lo complejo. Por ello Walter Chatton, contemporáneo de Guillermo de Ockham, impugnó la teoría de la navaja y propuso la de la antinavaja, según la cual, si tres cosas no bastan para verificar una proposición afirmativa sobre las cosas, debe añadirse una cuarta, y así sucesivamente (Keele, 1995; Maurer, 1984). En otras palabras, la cantidad de medios para verificar una proposición solo debe darse por agotada si uno se ha asegurado de haber examinado el asunto en su totalidad.

Ya Platón, en particular en *El político* (Platón, 1969), había expresado esta intuición al negar a la brevedad del razonamiento una prioridad intrínseca respecto de su extensión, de modo que los argumentos acumulados en la discusión sin relación directa con el tema no son «inútiles» ni superfluos (283b).

En otros términos, ni la extensión ni la brevedad del razonamiento determinan su pertinencia argumentativa, sino su «conveniencia» (286c). Desde este punto de vista, el principio de parsimonia corre el riesgo de afectar a la inventiva del oyente (287a-b), lo que perjudicaría a la dialéctica.

La teoría de la antinavaja resurgirá en ciertos escritos del siglo XX. En su ley contra la avaricia, el matemático Karl Menger sostuvo que era vano intentar hacer con menos lo que requiere más» (Seymour, 1996). Sin suscribir en el fondo la «antinavaja», en *El pulgar del panda* Stephen Jay Gould piensa que las explicaciones más simples no son siempre verdaderas en nuestro mundo tan prodigiosamente complejo (Gould, 2014). Del mismo modo, en *The Logic of Chance*, Eugene Koonin sostendrá que «el principio de parsimonia es discutible porque existen numerosos árboles filogenéticos que son apenas menos parsimoniosos que el mejor, pero que presentan una topología diferente» (Koonin, 2012).

La aportación de la antinavaja a la navaja reside en el déficit de rigidez que afecta al pensamiento no matemático, como en el caso de la racionalidad política. La reabsorción de este déficit recurre al algoritmo de la lógica difusa, cuyas categorías caracterizan el pensamiento africano en la tematización de la incertidumbre y la imprecisión. La lógica difusa, formalizada en 1965 por Lotfi Zadeh (cuyo verdadero nombre era Lotf-Ali Askarzadeh), admite la posibilidad de verdades parciales, situadas entre los dos extremos 0 y 1, y difiere de la lógica clásica booleana, que descansa en dos valores, «verdadero» o «falso». En lógica clásica, el agua solo puede estar fría o caliente, mientras que en la lógica difusa se encuentran varios valores entre el frío y el calor (Zadeh, 1965, pp. 338-339; Badidike, 2026, pp. 167-184). Y, como en el sistema africano, en particular en la *palabre* africana, la lógica difusa establece juegos de inferencia que admiten la flexibilidad en un marco multivalente de valores. Señalemos que el sentido fundamental de la *palabre* escapa a la teoría de las ciencias exactas, pues no existe de ella una definición matemática. En consecuencia, la evaluación de la *palabre* no es verdadera en todos los modelos, dado que no tiene un modo unificado a través de todos los registros lingüísticos (Badidike, 2024, pp. 111-112; Nguey Ngond'a Ndenge, 1987, p. 115). Así ocurre también en la mayoría de los mecanismos de juegos de lenguaje africanos destinados principalmente a la resolución de conflictos y a la construcción de la cohesión social. Es el caso de la *gacaca* en Ruanda o del *bushingantahe* en Burundi, si nos limitamos a la región de los Grandes Lagos como muestra territorial ilustrativa de las zonas culturales y lingüísticas del África subsahariana[4].

[4] Podrían evocarse aquí, por diversos motivos, varios autores de la tradición africana, en particular Alexis Kagame, Paulin Hountondji, Kwasi Wiredu, Fabien Eboussi Boulaga, Ernest-Marie Mbonda y Souleymane Bachir Diagne. Ruego al lector que no me reproche no haberlos convocado al debate de manera particular.

Gacaca designa una práctica tradicional de resolución de conflictos en Ruanda que, tras el genocidio, se convirtió en un sistema judicial comunitario moderno destinado a restablecer la justicia y la cohesión social. La palabra *gacaca*, procedente del kinyarwanda, significa literalmente «hierba suave» o «hierba corta», sobre la que se celebraban las asambleas aldeanas tradicionales en las que los ancianos de la aldea resolvían las disputas familiares o vecinales (Clark, 2010; Van Billoen, 2008). El *bushingantahe* de Burundi es un sistema en el que notables consuetudinarios investidos en cada colina se encargan de la gestión de los conflictos (Kohlhagen, 2010; Ntahombaye et al., 1999).

Lo menos que puede decirse es que la lógica difusa y el juego de la *palabre* en el pensamiento africano ofrecen la ilustración de un marco argumentativo en el que navaja y antinavaja se entrelazan y se complementan.

La construcción de la paz. La negociación conducida por la CENCO a través del diálogo de San Silvestre

Las nociones de establecimiento de la paz (*peacemaking*), mantenimiento de la paz (*peacekeeping*) y construcción de la paz (*peacebuilding*) se integraron en la retórica de las relaciones internacionales tras el fin de la Guerra Fría.

El establecimiento de la paz designa el proceso mediante el cual los protagonistas de un conflicto avanzan en busca de un acuerdo para una salida pacífica; la noción de mantenimiento de la paz remite al despliegue de fuerzas armadas para contener la reanudación de las hostilidades tras la firma de un acuerdo de paz; la noción de construcción de la paz designa todas las acciones destinadas a reforzar y consolidar la paz: es un proceso de ejecución de programas capaces de tratar las fuentes y los efectos de los conflictos con miras a una situación duraderamente estable (Karhakubwa, 2020).

En los tres casos se distinguen dos teorías. La primera, más antigua e incluso dominante, se denomina teoría de la elección racional; privilegia el papel de los intereses y de las restricciones materiales en la formulación de las estrategias de intervención de paz y considera a menudo solo soluciones técnicas, como la asignación de recursos suplementarios o un compromiso más consistente.

La segunda teoría se basa en la noción de «concepciones colectivas» o «concepciones compartidas» y tiene por objeto las incidencias de estas concepciones en las intervenciones de paz. Las concepciones colectivas comprenden las creencias, las culturas, los discursos y los marcos cognitivos. Quienes sostienen estos conceptos suelen denominarse constructivistas, porque rechazan la teoría de la elección racional. Para ellos, las concepciones compartidas, sin ser necesariamente la causa de una acción específica, permiten no obstante las interpretaciones colectivas de lo que está en juego en vista de las decisiones

adecuadas. Lo mejor sería hacer complementarias estas dos teorías, es decir, tratar los intereses y las restricciones materiales a la luz de las concepciones compartidas. Por ello, el principio de parsimonia contribuye en gran medida a que la inteligencia colectivamente compartida de las situaciones racionalice las intervenciones de paz. La complementariedad de estos dos enfoques, desde arriba y desde abajo, depende del contexto local dado. Este parece ser el factor que prevaleció en el éxito de la mediación conducida por la CENCO en el diálogo de San Silvestre.

La expresión «diálogo de San Silvestre» designa las conversaciones mantenidas bajo los auspicios de los obispos católicos de la Conferencia Episcopal Nacional del Congo entre la Mayoría Presidencial de Joseph Kabila y una plataforma de la oposición congoleña, denominada la Agrupación (*Rassemblement*), dirigida por Étienne Tshisekedi.

El acuerdo político que sancionó los trabajos de este diálogo se firmó en Kinshasa el 31 de diciembre de 2016, día de San Silvestre, en el Centro Interdiocesano donde se desarrollaban los trabajos. En esa fecha no todo estaba cerrado, pero se sellaron grandes puntos de convergencia pese a divergencias nada desdeñables. Los partidarios de Joseph Kabila y los del opositor Étienne Tshisekedi lograron ponerse de acuerdo sobre la gestión consensuada del país hasta las siguientes elecciones. Solo el Movimiento de Liberación del Congo (MLC) y sus aliados del Frente por el Respeto de la Constitución se negaron a firmar el acuerdo, denunciando un «complot contra la nación».

En líneas generales, Joseph Kabila, presidente saliente, conservaba la presidencia, y la oposición dirigía un Gobierno de unidad nacional. Étienne Tshisekedi diría a la salida de la sala de trabajo que lo esencial se había obtenido: el compromiso del presidente Kabila de no volver a presentarse y el de su campo de no revisar la Constitución, ni por vía parlamentaria ni por referéndum. Lo esencial así preservado simboliza la práctica del principio de parsimonia, cuya variable principal fue la gestión común no personalizada de la *res publica*. En efecto, la Mayoría Presidencial prefería una «remodelación técnica» para que su primer ministro, recién investido, siguiera en el cargo «algunos meses». Ello parecía una aporía mayor a ojos de la oposición, que quería controlar la designación en favor de su líder en las negociaciones. Pero Étienne Tshisekedi eligió un papel de garante de la calidad antes que el de gestor a merced del descontento popular. Entretanto, la muerte se lo llevaría antes de ocupar su puesto en el CNSA (Consejo Nacional de Seguimiento del Acuerdo), encargado de vigilar la evolución del proceso electoral, cuya creación preveía el compromiso político. Identificado lo esencial –digamos, lo necesario–, podía echarse mano de otros factores cuya discusión continuaría, en particular en lo relativo a las medidas de distensión política, mediante las cuales solo cuatro de los siete presos y exiliados políticos emblemáticos podrían ver resuelta favorablemente su suerte.

El estilo de negociación seguido por la CENCO en el diálogo de San Silvestre parece responder a la preservación de lo indispensable gracias a la combinación de los enfoques desde arriba y desde abajo. La CENCO mostrará que los valores compartidos, según el caso, pueden condicionar la propensión a negociar, a privilegiar los procedimientos sutiles e impersonales de arbitraje, o incluso a ignorar ciertas cuestiones, aunque parezcan indispensables según la sensibilidad de los protagonistas del conflicto. Si los enfoques desde arriba persiguen el compromiso mediante la armonización de los puntos de vista de las partes en conflicto, los enfoques desde abajo no deben descuidarse. Así, las comunidades de base fueron movilizadas sutilmente a través de las estructuras parroquiales, a las que se habían sumado muchos no católicos. Los propios negociadores se abstuvieron de mostrar sus preferencias. A la inversa, en el conflicto que enfrenta últimamente a la República Democrática del Congo con su vecina Ruanda, acusada por la ONU de apoyar a un movimiento rebelde, las negociaciones dan vueltas en círculo desde entonces, con una multiplicación de procesos de mediación y de mediadores, algunos de ellos autoproclamados. Además de la guerra entre beligerantes de número e identidad no claramente definidos, se observa paralelamente una impresionante pugna entre procesos de paz y mediadores designados o aspirantes. No puede contemplarse una pluralidad sin necesidad.

Desde un punto de vista matemático, podría creerse que las negociaciones de San Silvestre parieron un ratón, puesto que el acuerdo publicado varios meses después sufrió enmiendas unilaterales por parte de la mayoría en el poder, con actitudes proposicionales particulares. En efecto, la Mayoría Presidencial organizó un cónclave de remate del texto y celebró de manera expeditiva el fin del diálogo bajo un prisma que le era favorable. Visto según el principio de parsimonia, lo esencial se preservó, puesto que el presidente saliente se retiró de los comicios.

El privilegio concedido al principio de parsimonia procede también de la metodología empleada, en este caso el enfoque «desde abajo». Los enfoques «desde abajo» hacen prevalecer las concepciones colectivas de la paz sobre el fondo de las culturas de las poblaciones locales. En efecto, algunos fracasos de las operaciones de pacificación se deben a un déficit de «competencia cultural» de los intervinientes. Ello significa que los intervinientes deben abrirse al contexto local para aumentar las posibilidades de éxito. Ilustrémoslo con el caso de los tratados de Westfalia (1648), que muestran cómo puede establecerse la paz tras una guerra larga como la de los Treinta Años (1618-1648).

La guerra de los Treinta Años fue una guerra alemana que se convirtió más tarde en europea, combinando alianzas en parte religiosas con ecuaciones de fuerza política. Por razones geoestratégicas, Francia, católica, apoyó a Suecia y a los príncipes alemanes, de confesión protestante, para contrarrestar el poder de los príncipes de los Habsburgo, católicos, con el fin de extender su

influencia política. Las intervenciones de las grandes potencias perseguían la defensa de una confesión religiosa (catolicismo, luteranismo o calvinismo), pero también la extensión de su territorio, con pérdidas humanas de 3 a 4 millones de muertos sobre 17 millones de habitantes. En 1642 se tomó la decisión de iniciar negociaciones con miras a un congreso de paz en Westfalia, en dos ciudades distantes 40 km: Münster, católica, y Osnabrück, que albergaba una fuerte comunidad protestante. Hubo que esperar dos años (primavera de 1644) para ver el comienzo efectivo de las negociaciones, que reunieron a numerosos participantes procedentes de 16 Estados, 140 principados o ciudades imperiales y 38 principados o ciudades observadoras. De ellas saldrían tres textos en 1648: la paz de Münster, entre España y las Provincias Unidas; el tratado de Münster, entre el Imperio y Francia; y el tratado de Osnabrück, entre el Imperio y Suecia. En el plano geopolítico, se produjo una reconfiguración territorial de Europa con la independencia de dos países, la Confederación Helvética y las Provincias Unidas, en detrimento de España. Francia extendió sus posesiones hasta el Rin, Suecia en Europa central, y el Imperio quedó debilitado y políticamente fragmentado (350 principados). Por otra parte, la cuestión religiosa se resolvió según el principio *cuius regio, eius religio* («a tal príncipe, tal religión»), establecido en 1555 en los territorios germánicos. Los habitantes que no siguieran la religión del príncipe podían emigrar o conservar su religión según la tolerancia del príncipe. La tolerancia religiosa se internacionalizó en cierta medida, al menos a escala europea. Así fracasó la política de catolización de los Habsburgo y se consagró una paz de religión en el territorio europeo. Cabe preguntarse, sin embargo, si la paz de Westfalia es una paz política o una paz de religión. Es ahí donde se ilustra el principio de parsimonia.

En efecto, la guerra de los Treinta Años fue más bien un conflicto en torno a la naturaleza política del Sacro Imperio, aun cuando lo esencial de las cláusulas de los tratados de Münster y Osnabrück concierne a las relaciones entre las tres confesiones cristianas (católicos, luteranos, calvinistas), sin incluir el estatuto de los judíos, que permaneció inalterado: gozaban de un derecho de excepción que dependía directamente del emperador, como derecho regalista. Los tratados de Westfalia pusieron entre paréntesis las diferencias dogmáticas para resolver solo las cuestiones civiles relativas a un bien común. Esta puesta entre paréntesis de los desacuerdos doctrinales es la que condujo a la paz de religión. Las confesiones convinieron en no perseguir el horizonte de una asamblea conciliar, ni siquiera de un concilio reunificador de la cristiandad; por el contrario, en virtud de los tratados, los calvinistas quedaban desde entonces oficialmente reconocidos al igual que los católicos y los luteranos. Asimismo, se confirmaron las libertades residuales garantizadas por el tratado de Passau (1552) y la paz de Augsburgo (1555): práctica religiosa privada y derecho de emigración. Al mismo tiempo, se concedió a los Estados del Imperio el derecho de reforma (*ius reformandi*), que permitía al príncipe territorial imponer su culto a sus súbditos. No obstante, este derecho quedó

considerablemente reducido, pues se sometió a la regla del año normativo, es decir, la fecha del 1 de enero de 1624, que desvinculaba la confesión del príncipe de la del territorio. Así, la paz de Westfalia creó el principio de un equilibrio duradero entre las confesiones.

El principio de parsimonia aquí aplicado consiste en que los tratados de Westfalia concedieron, para salir de la crisis, un papel determinante a los Estados, privilegiando el equilibrio de poderes sobre la base del principio de seguridad colectiva, del que la ONU es heredera. De hecho, la aplicación del principio de parsimonia se produjo a través de tres variables.

La primera variable fue el tratamiento de la relación causal entre conflictos políticos y conflictos religiosos. En el imaginario popular, los segundos eran la causa de los primeros. Gracias a un enfoque desde abajo, se optó por discernir, interrogar y congelar la causalidad de los conflictos religiosos, es decir, las divergencias doctrinales, para retener solo lo necesario. Liberados de la argumentación doctrinal, los protagonistas de la dimensión religiosa del conflicto no tuvieron otra opción que trasladarse al terreno de la territorialidad política.

La segunda variable fue el tratamiento del privilegio de la vertiente política de la territorialidad gracias a los enfoques desde arriba, en particular mediante la reforma del principio «a tal príncipe, tal religión». Así, una vez que las discusiones migraron al plano verdaderamente temporal, las ambiciones de conquista territorial volvieron a la superficie y cristalizaron en torno a las alianzas políticas. Para extender su influencia política, Francia, aun siendo católica, apoyó a Suecia y a los príncipes alemanes, de confesión protestante, contra los príncipes católicos de los Habsburgo.

Por último, la tercera variable es el régimen de las excepciones. Se adoptaron dos: el estatuto de los judíos y los límites del derecho de reforma. Según la primera, los judíos no cambiaban de estatuto y seguían gozando del derecho de excepción que dependía de la autoridad del emperador. La segunda excepción concierne al derecho de reforma: aun garantizando las libertades derivadas de los acuerdos de Passau y Augsburgo, el derecho de reforma (*ius reformandi*), que permitía al príncipe territorial imponer su culto a sus súbditos, quedaba sometido a la regla del año normativo, es decir, la fecha del 1 de enero de 1624, que desvinculaba la confesión del príncipe de la del territorio. Para privilegiar la elección parsimoniosa de lo necesario, mediante la navaja o la antinavaja, se salvaguardó, por una parte, la excepción del estatuto de los judíos y, por otra, se sometió la imposición de la religión del príncipe a sus súbditos a un dictado temporal normativo.

Tanto en el caso del diálogo de San Silvestre como en el de la paz de Westfalia, la navaja reclamó una antinavaja. No se trata de suprimir por suprimir, haciendo de la navaja una simple herramienta de reducción. Por el contrario, la negociación obliga a suponer primero suficientes elementos para explicar

un fenómeno. Por ejemplo, en el caso de la piedra que cae, la caída no puede explicarse únicamente por el hecho de que no haya obstáculo que le impida tender a su naturaleza, que es desplazarse hacia el centro del mundo. Para los adversarios de Ockham y partidarios de la antinavaja, ante la insuficiencia de las cosas para explicar un fenómeno, hay que postular más. Para nosotros, en lugar de un antagonismo, se trata más bien de un procedimiento en dientes de sierra o, mejor, en espiral, que tiene en cuenta la insuficiencia que prevalecería al principio: postular, pero para reducir mejor. Los dos casos de diálogo están alejados en el tiempo y en el espacio –Europa y África, del siglo XVII al XXI–. Retenemos de ello que la aplicación del principio de parsimonia no es patrimonio exclusivo de un territorio, de una tierra o de una cultura, sino expresión de la racionalidad fragmentada y plural.

Conclusión: «No debe suponerse una pluralidad sin necesidad»

Mediante el principio de parsimonia, Guillermo de Ockham se dotó de una herramienta de reducción ontológica, metodológica y lógica. La navaja que lleva su nombre no es un concepto del todo nuevo en el periodo medieval, cuyos excesos quería contener, pero el principio adquirió gracias a él un giro propio. La navaja de Ockham enseña que es inútil hacer con más lo que puede hacerse con menos, es decir, desprenderse de aquello que no se necesita y efectuar así una depuración de los conceptos superfluos que enredan la filosofía. De ahí la fórmula: «Cuando se dispone de varias tesis en competencia que permiten predecir exactamente las mismas cosas y no es posible decidir entre ellas, la más simple es la mejor… hasta que se demuestre lo contrario». Dos casos ilustran esta táctica: el diálogo de San Silvestre en el Congo y los tratados de Westfalia en relación con la guerra de los Treinta Años, que había asolado Europa. Estos dos casos no se parecen ni en el fondo ni en la forma. La construcción de la paz iniciada en uno y otro revela, según la naturaleza de cada conflicto, una inspiración del principio de parsimonia que habría privilegiado lo esencial en lugar de naufragar entre las olas de un conflicto complejo. Ello traduce la inteligencia de quien o quienes ejercieron el liderazgo en la resolución de los desacuerdos sin estridencias, sin personalización de los resultados y sin la aparición de un vencedor triunfante. En el caso del Congo, la Conferencia de Obispos Católicos dejó una huella indeleble que traza el camino e inspira otros tipos de mediación. Una vez identificado lo esencial, obtenido tras el procedimiento de reducción de las hipótesis, las demás hipótesis, tan importantes unas como otras, se inscribían en la línea de las soluciones que habían de encontrarse con discreción en el sentido de la consolidación de lo adquirido. Lo esencial fue la retirada de la candidatura del presidente saliente de los comicios electorales previstos.

Es, pues, aberrante considerar que las crisis políticas que asolan África no encuentran una solución adecuada porque los propios africanos las gestionan

mal. La mayoría de estos conflictos son efecto de injerencias exteriores que, por lo demás, no son ajenas a su aparición. En el *ethos* africano, el recurso al principio de parsimonia es un dato de su afectividad, que ha servido en numerosos casos de conflictos sociales intercomunitarios mucho antes de la creación de los Estados-nación. La dificultad reside, como en todas partes, en la racionalidad política, que descansa en la preponderancia del interés más que en el humanismo.

El factor universal es aquí la fuerte preponderancia de la contingencia de las circunstancias en las que se despliegan los comportamientos e incluso las acciones de la vida política. La especificidad del despliegue propio de cada marca cultural, incluida la vivida en África, no se efectúa en relación con la esencia de las cosas, sino con esa contingencia que genera y justifica la interacción perpetua entre lo posible y lo necesario, lo particular y lo universal, de modo que el paradigma se invierte. Ya no es «puesto que es necesario, es posible», sino más bien «es posible, luego es necesario». En esta óptica, las acciones políticas serán siempre partidistas, porque no se ejercen necesariamente con fines objetivos. Y, a este respecto, el principio de parsimonia ocupa en ellas un lugar más importante que en otros ámbitos. Tanto como decir que es el paradigma fundamental de las soluciones y de la resolución de las crisis.

Referencias bibliográficas

Adams, M. M. (1989). *William Ockham.* University of Notre Dame Press.

Badidike, J.-P. (2022). Le paradoxe de la rationalité politique. *African Journal of Democracy and Governance / Revue africaine de la démocratie et de la gouvernance*, 9, nn. 3 & 4, 17-39.

Badidike, J.-P. (2024). Procédé argumentatif de l'emboîtement en la palabre africaine. *Cahiers des Religions Africaines, Nouvelle série,* 5 n. 10, 111-112.

Badidike, J.-P. (2026). Le processus électoral. Une question de la logique floue, en Badidike, J.-P. (Dir.) *Logique et analyse africaine du* langage. L'Harmattan, pp. 167-184.

Bonnot de Condillac, É. (1746). *Essai sur l'origine des connaissances humaines*.

Brampton, C. (1964). Nominalism and the Law of Parsimony. *The Modern Schoolman*, 41, n. 3, pp. 273-281.

Clark, P. (2010). The *Gacaca courts, post-genocide justice and reconciliation in Rwanda: justice without lawyers.* Cambridge University Press.

Davies, J. (1989). *Ockham on Aristotle's Physics. A Translation of Ockham's Brevis Summa Libri Physicorum,* The Franciscan Institute.

Einstein, A. (1905). Zur Elektrodynamik bewegter Körper. *Annalen der* Physik, 17, 891-921.

Gould, S. J. (2014). *Le Pouce du panda: Les Grandes Énigmes de l'évolution*. Points.

Karhakubwa, B. (2020). *La construction de la paix et le rôle de la* MONUSCO, CAPG.

Keele, R. (1995). Walter Chatton, en *Stanford Encyclopedia of* Philosophy (SEP).

Keele, R. (2010). *Ockham Explained. From Razor to Rebellion*. Open Court.

Kohlhagen, D. (2010). Le bushingantahe au Burundi. Transformations et réminiscences d'un concept judiciaire ancien. *Cahier d'Anthropologie du Droit*. Karthala, 113-128.

Koonin, E. V. (2012). *The Logic of Chance: The Nature and Origin of Biological Evolution*. Pearson Education.

Laverdière, Y. (2025). Le rasoir *d'Ockham. Via Moderna - Les sciences* médiévales. Consultado el 10 agosto 2025 en https://viamoderna.hypotheses.org

Mach, E. (1908). *La Connaissance et l'Erreur*. Éditions E. Flammarion.

Maurer, A. (1984). Ockham's Razor and Chatton's Anti-Razor. *Mediaeval* Studies, 46, 463-475.

Maurer, A. (1999). *The Philosophy of William of Ockham in the Light of Its Principles*. Pontifical Institute of Mediaeval Studies.

Morgan, C. L. (1903). *An Introduction to Comparative* Psychology. W. Scott.

Newton, I. (1759). *Principes mathématiques de la philosophie naturelle*. Dessaint & Saillant et Lambert (trad. Mme la Marquise du Chastellet; écrit en 1687).

Nguey Ngond'a Ndenge (1987). Palabre africaine, lieu de révélation de divergence, terrain prospectif d'une communication plurielle. *Philosophie et communication sociale en Afrique, IIIe Semaine Scientifique National de Philosophie du 29 novembre au 3 décembre*. FCK.

Ntahombaye, P., Ntabona, A., Gahama, J., Kagabo, L. (eds.) (1999). *L'institution des Bashingantahe au Burundi. Étude pluridisciplinaire.* Inabu.

Platon (1969). *Le Politique* (trad. Chambry). Flammarion.

Poincaré, H. (1900). La *théorie de Lorentz et le principe de* réaction, Archives Néerlandaises des Sciences exactes et naturelles, 5, 252-278.

Poincaré, H. (1906). Sur la dynamique de l'électron. *Rendiconti del Circolo matematico di Palermo,* 21, 129-176.

Russell, B. (1914). On the Nature of Acquaintance. *The Monist*, 24, n. 2, 161-187.

Seymour, K. N. (1996). *Karl Menger [1902–1985]». Notices of the American Mathematical Society*, 43, n. 5, 558–561, (consultado el 21 febrero 2026).

Van Billoen, S. (2008). Les *juridictions gacaca au Rwanda: une analyse de la complexité des représentations.* Bruylant.

Wittgenstein, L. (2001). *Tractatus logico-philosophicus*, Gallimard.

Zadeh, L. A. (1965). Fuzzy sets. *Information and Control,* 8, n. 3, 338-339.

Jean-Pierre Badidike
Universidad Católica del Congo (UCC)
Universidad Pedagógica de Kananga (UPKAN)
jpbadidi@yahoo.be